el norte

algar

ECONOMÍA PARA UN FUTURO SOSTENIBLE

VICENT CUCARELLA

Claves para entender la economía de nuestro tiempo

1
EL ESTUDIO DE LA ECONOMÍA

HE CONOCIDO A UNA ECONOMISTA (VIERNES, 5 DE JUNIO)

Me quedan pocos días para terminar las clases en el instituto y esta ha sido una semana llena de sensaciones contradictorias. Por una parte me siento cansado de tanto estudio, mientras que, al mismo tiempo, me siento eufórico al pensar que termino el primer curso de bachillerato y se acercan las vacaciones. Hoy he hecho uno de los últimos exámenes, pero mi cabeza está ya más pendiente de pensar en la playa, la piscina y los amigos.

Tras el esfuerzo, esta tarde me apetecía pasear un rato por el campo, por una de las zonas más hermosas de mi pueblo, donde se unen la brisa del mar con los naranjales y el inicio de la montaña. Me gusta practicar senderismo y gozar de las vistas y los olores de la tierra. Lo observo todo: plantas, animales, ruidos, construcciones... Además, no me siento solo porque las afueras del pueblo se han convertido en lugares muy utilizados para pasear y correr; una manera de

compensar la habitual vida sedentaria de las ciudades y de ganar salud. Por las tardes, estas zonas se llenan de vida con la gente que corre, camina y conversa.

De hecho, hoy cuando volvía a casa he coincidido con una pareja de unos cincuenta años que completaban su pequeña vuelta diaria, a quienes conozco de vista porque son una vieja amistad de mi padre. Los he saludado y ellos, muy amablemente, se han preocupado por mí. No me habían reconocido y les he recordado que me llamo Arnau, que tengo diecisiete años y también he aprovechado la ocasión para comentarles que hoy he terminado un examen y necesitaba pasear para descansar la mente. Por su parte, ellos también me han recordado sus nombres, Laia Benavent y Josep Sampere, y han mostrado interés por mis estudios. Como a mí me gusta charlar con todo el mundo, he intercambiado unas palabras con ellos. Con lo poco que hemos dialogado, he podido comprobar su manera sensata de hablar. Me han parecido unas personas muy receptivas para conversar y muy cultas.

Casi sin darnos cuenta hemos terminado hablando de las diferentes asignaturas de mis estudios en el instituto, hasta que yo también me he atrevido a preguntarles por sus profesiones: Josep es profesor de Física, y Laia es economista. Me ha sorprendido mucho Laia. No he podido evitar sonreír y se me ha escapado decirle que yo creía que todos los economistas llevaban chaqueta y corbata y que se pasaban el día ganando di-

nero. Laia se ha reído de mi ocurrencia y ha reconocido que ese parece el tópico de los economistas, pero que no es cierto, que entre los economistas hay hombres y mujeres y que tienen diferentes maneras de pensar y de actuar. Es más, me ha citado de manera irónica a otro economista y escritor, José Luis Sampedro, que decía que «hay dos tipos de economistas: los que trabajan para hacer más ricos a los ricos y los que trabajan para que los pobres sean menos pobres».

Hace tiempo que oigo hablar mucho de economía y la mayoría de las veces no consigo entender las discusiones que se plantean. Por eso he aprovechado que coincidíamos en el camino de vuelta para hacerle algunas preguntas a Laia sobre esta disciplina. Pero hemos tenido poco tiempo porque, sin prisas, hemos llegado a la puerta de su casa sin parar de hablar. He visto que viven en un piso de un edificio de aspecto humilde, en uno de los barrios antiguos del pueblo. Las características de esta pareja y su aparente sencillez, a pesar de que son una economista y un físico, me han movido a seguir conversando hasta el momento de la despedida. Mis preguntas trataban principalmente sobre economía, un tema que en el instituto forma parte de la asignatura de Geografía e Historia, y también de la modalidad de Ciencias Sociales del bachillerato. Se me acumulaban las preguntas, pero me he dado cuenta de que se hacía tarde y posiblemente ellos tenían cosas mejores que hacer que hablar con un joven casi

desconocido. De manera educada, he ido cerrando el diálogo, pero Laia me ha sorprendido al invitarme a quedar cualquier otro día para poder profundizar más en el tema. Me he animado a quedar para mañana, sábado, un día en el que podremos conversar durante más tiempo. A mí se me debe de haber iluminado la cara de alegría, porque ella lo ha notado y me ha sonreído.

Al llegar a casa me esperaba mi hermana, que es bastante menor que yo y siempre tiene ganas de jugar conmigo. Yo también estaba dispuesto a compartir con ella mi experiencia y me he puesto a hablarle de todo lo que había conversado durante mi paseo. Ella me ha mirado con sus ojos avispados y me ha dicho: «Mira, tete, será mejor que le cuentes eso a papá o mamá y, mientras tanto, yo continuaré jugando con mis Playmobil». Es decir, delicadamente me ha indicado que no tenía ningún interés en escuchar mis historias. Los dos hemos sonreído, y me he dirigido a mi habitación, donde he puesto en marcha el ordenador, e Internet, para consultar el nombre de mi nueva amistad economista. ¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Resulta que me he hecho amigo de una economista reconocida y autora de numerosos libros. Se me ha hecho un nudo en el estómago, mezcla de emoción por la nueva amistad y de nervios por no saber si estaré al nivel en la próxima conversación. De manera que he decidido coger una libreta y empezar a escribir todas las preguntas que me gustaría hacerle.

En diez minutos he escrito una lista muy larga, pero luego he pensado que mañana empezaré preguntándole simplemente qué estudia una economista y qué es eso de la economía.

¿QUÉ ES LA ECONOMÍA? (SÁBADO, 6 DE JUNIO)

Me he despertado antes de que sonara el despertador y eso no es habitual en mí. Los sábados, mi hermana suele venir a espabilarme y yo me hago el remolón. A pesar de que es más joven que yo, es muy madrugadora. Le gusta despertarme durante los fines de semana y debo reconocer que a mí también me gusta mucho que sea ella la que me susurra y me acaricia para que me espabile. Pero hoy no ha llegado a hacerlo porque me he levantado temprano, ilusionado por mi cita con Laia, la economista con la que hablé ayer.

He desayunado rápidamente y antes de coger la mochila he comentado con mi padre a dónde iba. Él siempre se preocupa mucho por mis actividades y mis compañías. Es cierto que me deja hacer porque confía en mí, pero estoy seguro de que se informa antes de consentirme cualquier actividad. No obstante, cuando le he hablado de Laia y de Josep no ha manifestado ninguna sospecha ni ningún temor. He tenido la impresión de que tiene muy buena opinión sobre esta pareja y hasta me ha parecido que se alegraba por mi

interés de seguir conversando con ellos. Me sentía tan animado que he preferido coger el monopatín para completar el camino más rápidamente.

Cuando he llegado, me ha abierto Laia. Mientras nos dirigíamos a su estudio, he saludado también a Josep. Su casa es como yo la había imaginado: ordenada, con los muebles necesarios pero modestos y con los aparatos electrónicos indispensables.

Sentados ya en dos cómodas butacas, Laia me ha dedicado una ligera sonrisa y me ha preguntado: «Bueno, chaval, ¿por dónde quieres que empecemos?». Yo no he podido resistirme y, como la llevaba apuntada, le he lanzado la primera pregunta: «Me gustaría conocer qué estudiáis los economistas. ¿Qué es la economía?». Ella ha abierto los ojos y ha suspirado: «Veo que empiezas fuerte». ¡He sentido mucha vergüenza y seguro que me he ruborizado! Sí, ya lo sé, soy poco diplomático y no tengo reparos, ya me lo dice mi familia. Laia se ha dado cuenta de que me avergonzaba y ha querido ayudarme enseguida:

–Tranquilo, Arnau –me ha dicho–, en realidad me gusta mucho el interés que demuestras. Por tu edad, podrías ser hijo mío, y esa emoción por aprender me gusta mucho en los jóvenes. Iremos poco a poco. Podríamos afirmar que **el objetivo de la economía es el bienestar de las personas**. ¿Verdad que te sorprende esta afirmación? La mayoría de la gente cree que la economía solo se preocupa de cómo ganar dinero,

cómo gestionar las acciones de la bolsa, cómo fabricar y distribuir un producto o cómo administrar una empresa para generar beneficios. Desgraciadamente, esa es la concepción de la economía que tiene mucha gente, incluidos también muchos periodistas, políticos e incluso algunos economistas.

–Sí, efectivamente, yo también pensaba en dinero y en riquezas –he reconocido.

–Lo imaginaba. Pero ¿por qué se tiene esta visión tan mercantilista? Sobre todo, porque se confunde el nivel de bienestar con el nivel material de vida. Suele confundirse bienestar con riqueza, pero estos dos términos no son sinónimos. El verdadero objetivo de la economía es conseguir el bienestar personal y social; pero nos hemos acostumbrado a ver que, en muchas ocasiones, se logra este objetivo mediante una serie de productos y servicios que habitualmente hay que adquirir. Por este motivo hemos terminado convirtiendo en objetivo lo que simplemente es un medio.

Laia ha continuado comentándome que en economía casi todo acaba midiéndose en términos monetarios, pero ella dice que no es porque el dinero sea el último objetivo, sino porque de esta forma se facilitan las comparaciones. Si no dispusiéramos de una unidad de medida uniforme, resultaría mucho más difícil, por ejemplo, poner de acuerdo a quien quiere comprar (consumidor) y a quien quiere vender (vendedor o productor). Todo es más

sencillo si los deseos de unos y de otros se pueden medir con las mismas unidades.[1] Esta es la función del dinero, pero no por eso se ha de convertir en el objetivo principal de la economía, ni tampoco en el objetivo de nuestras vidas. Laia me ha insistido en el hecho de que, en realidad, el análisis económico aporta una serie de herramientas para pensar, reflexionar y mejorar el mundo y la sociedad en que vivimos.

¡Vaya pues! Yo que creía saber de qué iba la economía... Laia aún no ha profundizado en sus explicaciones, pero ya ha comenzado a poner en duda algunas de las visiones que yo tenía de esta disciplina.

–No te preocupes –me ha dicho, como si me leyera el pensamiento–. No quiero marearte, sino animarte a aprender mientras practicamos el razonamiento crítico. Suelo abordar las claves del pensamiento económico desde la perspectiva del sentido común. Ahora bien, seguro que hoy te gustaría que te facilitara, al menos, una definición sintética de la economía. Bien, de acuerdo. Una de las definiciones más aceptadas por todos es la que afirma que «**la economía es la ciencia que estudia la manera de asignar recursos escasos entre finalidades alternativas**».

Tras escuchar esta definición yo me he quedado aturdido. Al parecer, esta es una de las definiciones más habituales de economía, pero yo he seguido tan des-

1. Véase el apartado «El dinero» (pág. 95).

pistado como estaba antes. Necesito más explicaciones y, educadamente, le he dado a entender a Laia que no lo veía claro. Ella ya lo había intuido, pero, antes de continuar, ha querido introducir dos conceptos más que se usan a menudo en economía:

–**Bien económico**. Es cualquier medio material capaz de satisfacer una necesidad. Los bienes económicos, por ejemplo, una barra de pan, se caracterizan por ser escasos y porque alguien se los puede apropiar; a diferencia de los **bienes libres**, como, por ejemplo, la luz del día. Es decir, cualquiera puede servirse de un bien libre sin que esto impida a otra persona hacerlo también; mientras que el uso de un bien económico sí que limita que pueda ser usado por otras personas.

–**Servicio económico**. Es una actividad destinada a satisfacer las necesidades humanas. Por ejemplo los trabajos realizados en el ámbito de la educación, la sanidad, las comunicaciones, las reparaciones de objetos, etc.

Laia ha integrado estos dos nuevos conceptos en la definición anterior para explicarme que la economía trata de responder a tres preguntas básicas: **qué**, **cómo** y **para quién**.

–¿**Qué** producimos? ¿Cuáles son los bienes o productos que queremos elaborar y cuáles los servi-

cios que queremos prestar? ¿Cuánto producimos de cada cosa?

–¿**Cómo** se producen estos bienes y servicios que hemos elegido? ¿Quién lo hace? ¿Qué recursos utilizamos para elaborarlos? ¿Qué técnicas usamos?

–¿**Para quién** lo producimos? ¿Quién aprovecha estos bienes y servicios?

Cómo se responde a estas preguntas dependerá mucho del sistema económico existente en cada sociedad. La respuesta será diferente en una economía de mercado (*capitalista*), en una economía planificada (*comunista*) o en un sistema mixto.[2] Pero, aunque yo he insistido para que me explicara las diferencias entre los tres sistemas, ella me ha pedido un poco de calma. Laia no ha permitido que nos desviáramos demasiado del tema y ha insistido en resaltar que el verdadero objetivo de la economía es el bienestar de las personas, a partir de la respuesta a las tres preguntas básicas anteriores.

–Para conseguirlo –ha continuado Laia–, suele ser necesario utilizar recursos naturales, trabajo humano, maquinaria, energía y también tiempo e inteligencia. Ahora bien, todos estos recursos son **escasos**, limitados,

---

2. Véanse los apartados «Economía de mercado (I y II)» (págs. 63 y 72) e «Intervención del gobierno en el mercado» (pág. 82).

y tendremos que elegir cuáles son las **prioridades** a las que queremos destinarlos. Es decir, las **finalidades** son múltiples, y pueden llegar a ser infinitas, pero tendremos que asignar con sentido común estos recursos para conseguir los objetivos que más nos convienen. Por ejemplo, nadie duda que la alimentación es una necesidad primordial, pero a partir de cierto nivel de satisfacción no resultaría recomendable seguir dedicando todos nuestros esfuerzos a producir alimentos, ¿verdad? Si tomáramos esta decisión, el resultado no sería óptimo desde la perspectiva de mejora de nuestro bienestar. ¿Por qué? Pues porque el exceso de alimentos nos provocaría graves problemas de salud y, al mismo tiempo, la desatención de otros aspectos vitales nos produciría malestar. Nos faltarían, por ejemplo, ropa y viviendas para protegernos de las condiciones atmosféricas cambiantes.

Cuando hemos hablado de alimentos, he empezado a notar hambre y me he dado cuenta de que se había hecho muy tarde. Era ya hora de volver a casa. Josep, el compañero de Laia, no ha querido insistir demasiado porque sabía que en casa me esperaban para comer, pero me ha invitado por si en otra ocasión quiero quedarme a comer con ellos. Se lo he agradecido sinceramente y he empezado a despedirme mientras Laia concluía sus explicaciones. Ella insistía en que la economía parte de observar qué finalidades queremos satisfacer y trata de estudiar cómo repartir los recursos

para conseguirlo de la manera más **eficiente**; es decir, ajustando muy bien los recursos que hay que dedicar a cada finalidad.

–¡Claro! –he caído yo–. Ya empiezo a entender a qué te refieres. Si hubiera abundancia de todo, el estudio de la economía no tendría ningún sentido porque no tendríamos que preocuparnos por administrar los recursos. Pero resulta que vivimos en un planeta con recursos limitados.

–¡Efectivamente! –me ha respondido Laia, satisfecha al comprobar mi ilusión por entenderlo–. Y el pensamiento económico no solo sirve para tomar grandes decisiones, sino también para determinar algunos aspectos del día a día de cada uno de nosotros. Estas cuestiones pueden ser desde asuntos monetarios importantes hasta otros aspectos vitales, como la distribución de nuestro tiempo. Si aplicamos la lógica económica a nuestro día a día, mejoraremos también nuestras decisiones. Pero si en la valoración olvidamos incluir algunos de los determinantes importantes, las decisiones que tomaremos no serán óptimas para nosotros, ni para la sociedad. Pero, Arnau, me parece que me adelanto demasiado para ser el primer día. Ya continuaremos y abordaremos por separado los conceptos que hemos utilizado antes en la definición habitual de economía: «ciencia», «asignar recursos escasos», «finalidades alternativas»...

–Gracias, Laia. Se me ha pasado la mañana volando. Cuando se lo cuente a mis amigos, fliparán.